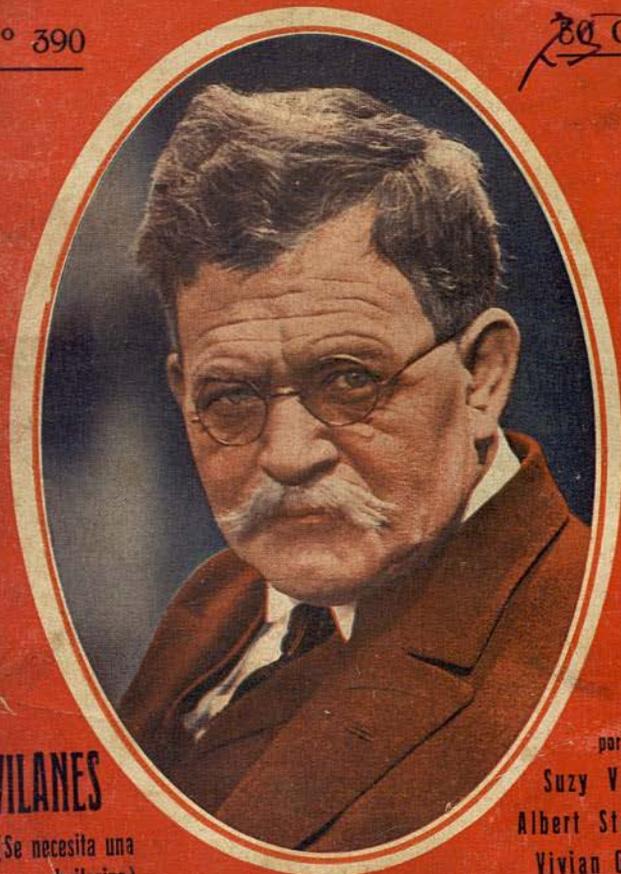


EB.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 390

30 Cts.



GAVILANES

(Se necesita una
bailarina)

por
Suzy Vernon
Albert Steinrück
Vivian Gibson

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca
de Catalunya

Maria M.



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción { PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración { Teléfono 18551

Año VIII

BARCELONA

N.º 390

GAVILANES

(SE NECESITA UNA BAILARINA)

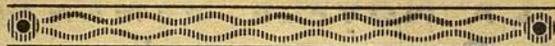
Adaptación cinematográfica
de la famosa novela de Norbert Jacques
« PLUSCH Y PLUMOWSKI »



Exclusivas Seyta - Films

BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de
NICOLAS KOLINE



GAVILANES

Argumento de la Película

A LOS LECTORES:

Presentar un mal en toda su desnudez y hacer ver el horror de sus efectos, es enseñar a odiarlo.

Tal es la alta labor moralizadora que persigue y logra este film, descubriendo la llaga social de la trata de blancas, denunciando la perversa obra de los traficantes indignos y poniendo en guardia a la juventud contra los anuncios falaces que son redes tendidas a la virtud femenina.

* * *

Plusch era un sujeto misterioso. El trabajo no se había hecho para él y se acomodaba, sin importarle las condiciones, a la vida ociosa.

Gustaba de vestir bien, pero sus escasos in-

gresos no le permitían codearse con los elegantes de la ciudad, pues se echaba de ver que quería y no podía.

Como tipo no era, ciertamente, un figurín. Su delgadez y su cara de simio no eran cualidades, sino defectos para alternar con la gente "chic".

Sin embargo, como buen ambicioso, fiaba en el dinero, y su única preocupación estribaba en obtenerlo, fuese como fuese.

Ultimamente, se había enamorado de una corbata multicolor expuesta en uno de los escaparates de una acreditada casa de novedades que lucía un maniquí que parecía un auténtico "gentleman" de la ciudad del Támesis.

En opinión suya, aquella corbata era la más elegante de Hamburgo, y era raro el día que no se dejaba caer enfrente de la tienda, para rezarle extático, su admiración.

¿Cuándo le depararía la suerte la ocasión de realizar un buen negocio, para que le fuera posible adquirir aquel adorno que era su desesperación?

La adversidad se cebaba en él, no había duda, puesto que, a pesar de estar decidido a cualquier inmoralidad, no conseguía su anhelo, en cuyo fuego se consumía.

Plusch era socio de un hombre de negocios inconfesables, llamado Plumowski.

Este le aventajaba tanto en edad como experiencia, y era tan buen comerciante que las



... aquella corbata era la más elegante de Hamburgo...

ganancias le correspondían por entero, asignando a su cómplice una cantidad fija mensual para utilizar sus servicios.

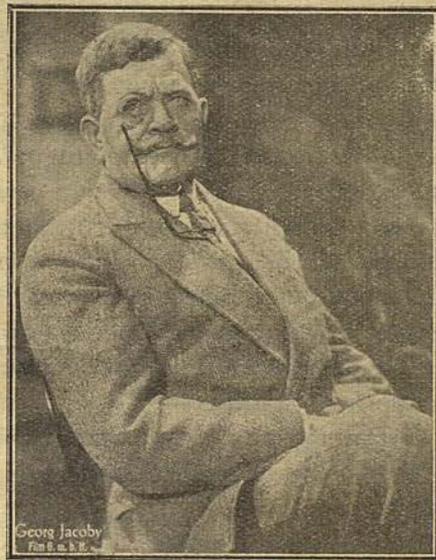
Plumowski tenía cara dura y tipo de hombre avezado a la lucha por la vida.

Cuando se irritaba, infundía miedo; y Plusch

le temía, no osando nunca, por más razón que tuviese, levantar la voz delante de él.

Plumowski había abierto un despacho en una calle céntrica de Hamburgo y desde el mismo dirigía sus dilatados negocios, realizando pingües beneficios con una facilidad asombrosa.

Cierta mañana, Plumowski recibió, con visi-



... llamado Plumowski.

bles muestras de agrado, en su despacho de Hamburgo, la visita de una mujer, de edad lindante con el otoño, un otoño espléndido, muy elegante y conoedora de muchos resortes para recostarse en mullida existencia.

Plumowski la saludó afectuosamente, brillando en sus ojos la alegría, y dijo a una solterona que cuidaba del despacho en su ausencia:

—No estoy para nadie, señorita Gold. Usted misma puede marcharse cuando quiera.

La secretaria comprendió que lo más discreto era marcharse, y preparábase para ello, mientras Plumowski y su visitante desaparecían hacia el despacho particular del comerciante, cuando llamaron a la puerta de la casa.

La señora Gold abrióla y apareció Plusch, sonriente, inquietando su bastoncito de junco y mirando inquisitivo a diestro y siniestro, deseoso de ver a su jefe.

—¿Está el señor en su despacho?—preguntó.

—Sí, pero no le recibirá. Celebra una importante conferencia.

—Esperaré, ¿no le parece?

—Es mejor que se vaya y vuelva mañana, porque yo he terminado ya mi trabajo y salgo en seguida.

—Esperaré solo.

—El señor se enojará. De modo que...

Plusch no tuvo más remedio que obedecer. Pero volvería más tarde.

Plumowski y su visitante, la señora Schwarz, quedaron solos en la casa y hablaron sin temor de oídos indiscretos.

La mujer, buena amiga de Plumowski, buena amiga en el doble sentido de la palabra, no regateó abrazos al comerciante y, luego, mostrándole unos billetes, ofrecióselos diciéndole:

—Es sólo una suma a cuenta de nuestros últimos beneficios.

Plumowski apoderóse del dinero, lo encerró en su caja de caudales, y, jovial, habló de sus asuntos con su amiga.

Esta le dijo:

—Ya he terminado la clave secreta que hará nuestros telegramas indescifrables para los demás.

—¿La trajiste?

—Sí. Hela aquí,

Plumowski la examinó atentamente. Decía así:

CLAVE TELEGRAFICA

Plumowski	Orden.
Stern	Iremos.
Grumberg	Terminar.
Wide	¿Por qué?
Schwarz	Mañana
Staska	Olvidar
Pastucci	Tempestad.
Laurent	Me quedo.

—Me parece bien—comentó Plumowski.

—La pondremos en uso en seguida. Todas las precauciones han de parecernos pocas.

—¿Ha ocurrido algo?

—Nuestro último viaje fué de gran inquietud. Se nos vigilaba a todas horas.

—¿Sospechaban algo?

—Todo hace suponer que sí...

—¡Mucho cuidado, pues!

—Meditando sobre ello he llegado al convencimiento de que necesitamos un hombre astuto, leal... y a quien la policía internacional desconozca por completo.

—Nadie más indicado que tú para encontrar ese mirlo blanco.

—Le buscaré, pues no es prudente empren-

der un nuevo viaje sin un cómplice a cubierto de sospechas...

Se hacía tarde para Plumowski, que debía partir en tren, como todas las noches, hacia un pueblecito de los alrededores de la ciudad; y los dos cómplices se despidieron, conviniendo en volverse a ver al día siguiente, para seguir comentando la marcha de sus asuntos.

La señora Schwarz abrazó de nuevo a su amigo y salió de su despacho, acompañándola hasta la puerta el bribón de Plumowski, que se enriquecía fabulosamente sin dar un paso.

Plusch, que volvía a intentar entrevistarse con su socio, vió a la señora Schwarz, al cruzarla en la escalera y recordó haber visto su rostro en otra parte.

¿Dónde conoció a aquella mujer?

Ella también creyó recordarle, y, de súbito, Plusch exclamó, hablando consigo mismo:

—¡Ilona!

La señora Schwarz se detuvo en seco, miró a Plusch y exclamó, a su vez, abandonándose en sus brazos, contenta de verle:

—¡Popesku! ¿Tú aquí?

Plusch, que en otros tiempos llamóse Popesku, había conocido a Ilona Schwarz en un

cafetín de Braila, donde actuaba de danzarina, lo mismo que él de bailarín.

Melancólico, el infortunado repuso a la que fué su amada: ,

—El Popesku a quien tanto quisiste en Brai-la no existe ya. Ahora me llamo Plusch.

Plumowski, como se supone, se había reintegrado a su despacho particular, no teniendo testigos la plática... y los mimos de Plusch e Ilona, al evocar tiempos felices.

Ilona, que había tenido siempre en gran estima a Plusch, suspiró:

—¡Qué lejanos, para mí también, aquellos días alegres de Valaquia!

—¡Ya no volverán, Ilona! Tú pareces otra. ¿Cómo te ha tratado la vida?

—No puedo quejarme, chico. Hoy tengo un "variétés" con pensión en Belazona.

—Me alegro de que seas dichosa... y no necesites a nadie. ¡No sabes tú el calvario que es para uno el tener que fiar en los demás!

—¿No van bien los negocios, Popesku?

—Ni bien, ni mal, sino desastrosamente, lo más desastrosamente que puedas imaginarte. ¡Estoy totalmente arruinado!

—No te apures... Yo procuraré remediar tu desgracia...

—Te lo agradezco, pero...

—Ya hablaremos... Ve a verme la mañana que quieras al Hotel Atlantic.

—Iré, Ilona.

—Hasta entonces, pues.

Plusch besó apasionadamente a la mujer que fué su gran amiga, su compañera en tiempos felices para él, a pesar de no ser más que un pobre bailarín, y se separaron, para salir Ilona a la calle y entrar Plusch en el despacho de Plumowski, sin sospechar, ninguno de los dos, las relaciones que les unían al comerciante.

Plusch no era esperado por Plumowski aquel día.

—¿Qué te trae por aquí? Despacha pronto, porque tengo precisión de irme...

—Yo no tengo la menor prisa, y aprovecharé el tiempo para curiosear un poco en tus cosas...

—Déjate de tonterías. Supongo que ya has visto bastante mi despacho...

—Sí, es verdad, y siempre observo en él la misma pobreza. A decir verdad, no es muy suntuoso tu palacio, amigo mío.

Plumowski se encogió de hombros, dibujó una sonrisa de hipócrita, y contestó :

—¿Para qué necesita más lujo un cuarto de soltero?

—Pero con el dinero que debes tener en el Banco...

—Una miseria... Los negocios no dan para alimentar una cuenta corriente...

—Bueno... no te pediré nada que no me haya ganado, hartó lo sabes... y de sobra sé yo que tú no sueltas un céntimo porque sí...

—¿Has de comunicarme algo de interés? De lo contrario...

—¡Pues sí que tienes prisa! Toma, entérate de esta carta...

Plumowski cogió el papel que le mostraba Plusch y leyó en él lo siguiente:

"Londres, 5-7-27.

"Querido Plusch:

"Ya tengo el collar, 24 piedras. Último precio: 300 libras esterlinas.

"Ven a verme a Londres, Hotel Cecil.

"Afectos de tu amigo

"Hardin."

—¿Qué te parece?—preguntó Plusch a Plumowski, después que éste hubo leído la carta.

—Te daré las trescientas libras y el importe del viaje—repuso el comerciante.

—Naturalmente... Pero ¿y yo?... ¿Qué gano yo?

—¡Ya cobras mensualmente tus 300 marcos!

Plusch indignóse. Ciertó que cobraba un sueldo fijo, pero un solo negocio bastaba para cubrirlo, y eran varios los que le proponía a su codicioso jefe. Del de aquel collar ya le había hablado, y se trataba de una gangá, por ser juego entre ladrones.

Plumowski le dió las trescientas libras esterlinas y una cantidad para el viaje, y no paró mientes en las furibundas lamentaciones del explotado cómplice.

Plusch no pudo menos de exclamar, en un arranque de ira:

—¡Ya me va cansando a mí hacer el necio metiéndote la riqueza por las puertas!

Tranquilamente, seguro de que tenía bajo su poder a Plusch, Plumowski añadió:

—Si te pesa, devuélveme esos billetes.

—Abusas porque sabes que estoy sin blanca.

—No perdamos el tiempo en vanas discusiones. Haz el viaje a Londres en aeroplano.

Plusch se humilló una vez más a hacer cuanto quería Plumowski, y efectuó seguidamente el viaje a Londres.

Plumowski, un poco después de salir Plusch de su despacho, despojóse de sus ropas grises usadas en la ciudad trocándolas por otras ne-

gras, a las que ponía remate un severo levitón. Suprimió asimismo el monóculo que utilizaba en Hamburgo, para darse un aspecto imponente, de hombre distinguido y fiero, substituyéndolo por unas gafas.

Y de tal suerte, tenía el aspecto de un hombre caduco, bondadoso, incapaz de hacer el menor daño a nadie.

¿Adónde iba?

Como ya sabemos, debía tomar el tren, para trasladarse a un pueblecito de las inmediaciones de Hamburgo, viaje que hacía todas las noches, al cerrar su despacho.

¿Qué misterio era aquel?

* * *

Wohltorf era el pueblo que recibía todas las noches a Plumowski.

En dicho pueblo había un hogar habitado durante el día por dos mujeres, madre e hija, y a las que se unía, al llegar la noche, a la hora de la cena, un hombre de venerable aspecto: el propio Plumowski.

Pero en Wohltorf no se llamaba Plumowski, sino Pablo Schroder.

Nadie hubiera creído que el Plumowski soltero de Hamburgo fuese en el pueblo el austero padre de familia Pablo Schroder.

La señora Schroder, bondadosa mujer que creía a su esposo un santo, o poco menos, daba prisa a Claudina, hija del matrimonio, encantadora muchacha de diez y ocho abriles, para que terminase de arreglarse para ir a esperar a papá en la estación.

La muchacha dió rápidamente los últimos toques a su primorosa "toilette", y al poco hallábanse madre e hija apostadas, junto con otros vecinos, a la salida del andén.

El señor Schroder fué de los últimos en salir. Su esposa le besó amorosamente y Claudina puso en sus caricias mucha ternura, demostrando a todas luces que ambas mujeres se llevaban muy bien con el buen jefe de familia.

gras, a las que ponía remate un severo levitón. Suprimió asimismo el monóculo que utilizaba en Hamburgo, para darse un aspecto imponente, de hombre distinguido y fiero, substituyéndolo por unas gafas.

Y de tal suerte, tenía el aspecto de un hombre caduco, bondadoso, incapaz de hacer el menor daño a nadie.

¿Adónde iba?

Como ya sabemos, debía tomar el tren, para trasladarse a un pueblecito de las inmediaciones de Hamburgo, viaje que hacía todas las noches, al cerrar su despacho.

¿Qué misterio era aquel?

* * *

Wohltorf era el pueblo que recibía todas las noches a Plumowski.

En dicho pueblo había un hogar habitado durante el día por dos mujeres, madre e hija, y a las que se unía, al llegar la noche, a la hora de la cena, un hombre de venerable aspecto: el propio Plumowski.

Pero en Wohltorf no se llamaba Plumowski, sino Pablo Schroder.

Nadie hubiera creído que el Plumowski soltero de Hamburgo fuese en el pueblo el austero padre de familia Pablo Schroder.

La señora Schroder, bondadosa mujer que creía a su esposo un santo, o poco menos, daba prisa a Claudina, hija del matrimonio, encantadora muchacha de diez y ocho abriles, para que terminase de arreglarse para ir a esperar a papá en la estación.

La muchacha dió rápidamente los últimos toques a su primorosa "toilette", y al poco hallábanse madre e hija apostadas, junto con otros vecinos, a la salida del andén.

El señor Schroder fué de los últimos en salir. Su esposa le besó amorosamente y Claudina puso en sus caricias mucha ternura, demostrando a todas luces que ambas mujeres se llevaban muy bien con el buen jefe de familia.

* * *

Ilona Schwarz tomaba un refresco en la terraza de un café y pensaba, preguntándose dónde lo encontraría, en el auxiliar desconocido de la policía que reclamaba su negocio.

Dice el refrán que todos los pillos tienen suerte, y para no ser menos que ninguno de ellos, Ilona vió en un joven al hombre que necesitaba.

Dicho joven ocupaba una mesa ligeramente distanciada de la suya con otro señor, de apariencia vulgar, de aventurero amparado por la ley, que no otra cosa son ciertos prestamistas...

Los dos hombres discutían un asunto de dinero, al parecer, y a juzgar por los gestos de uno y de otro, no llegarían a un acuerdo.

Ilona siguió discretamente punto por punto la discusión, pendiente de su resultado y deseando que terminase de acuerdo con sus deseos...

El prestamista, pues lo era, que buena vista tenía Ilona para reconocerlos, dijo al joven con quien estaba hablando:

—¡No admito más treguas, señor Martel! ¡O me paga usted hoy mismo lo que me debe o le denuncio!

El tal Martel contestó con súplica en la voz y en el gesto:

—Tenga un poco de humanidad... Usted sabe que la enfermedad de mi madre...

El prestamista se echó a reír grotescamente, y añadió, juzgando mal a los demás porque pensaba en sí mismo, en su propia maldad:

—Su madre... ¡Alguna pérdida con quien se gasta usted mi dinero!

Aquella afrenta no la podía tolerar Martel. Levantóse airadamente y cruzó el rostro del ofensor.

Este, cobarde y vil, se puso a gritar como un energúmeno, y menos mal que no acudió a tomar cartas en el asunto la policía.

Martel prometió que procuraría liquidar cuanto antes la deuda, pero no sabía qué hacer para cumplir su palabra.

Ilona le siguió, después de su disputa con el prestamista, y al rozarle, yendo ella en co-

che, en un paseo, hizo detener el vehículo y le habló afablemente de esta manera:

—Es necesario que hablemos... Le interesa... y me interesa... ¿Quiere usted subir al coche?

Sorprendido, y preguntándose quién podía ser aquella desconocida, Martel obedeció como un autómatas, y cuando se hubo sentado al lado de Ilona, el "auto" reemprendió la marcha.

—¿Qué desea usted de mí, señora? ¿En qué puede serle a usted útil mi modesta persona?

—inquirió Martel, no sospechando ni remotamente las bajas intenciones de la bella mujer.

—Conozco el trance difícil por que pasa usted y deseo ayudarle.

—Es verdad, señora — murmuró Martel—. Mis escasos medios se perdieron en una empresa comercial infortunada, y...

—No dudo que llegaremos a entendernos... Precisamente necesito un hombre de confianza que pueda secundarme en un vasto plan de negocios...

—¿Qué más puedo desear que una ocasión para rehabilitarme?

—Vamos al hotel donde me hospedo cuando vengo a Hamburgo, y en mi cuarto hablaremos del empleo que puedo ofrecerle,

Poco después, la conversación proseguía en el cuarto de Ilona en el Hotel Atlantic.

—¿A cuánto asciende la deuda de usted?— preguntó ella, abriendo un carnet de cheques.

—A ocho mil quinientos marcos.

Sin pronunciar palabra extendió un talón por dicha cantidad y al mostrárselo a Martel, que estaba asombrado, añadió:

—Tenga la bondad de firmarme este recibo por la suma del cheque... Usted me devolverá ese préstamo cuando pueda. Lo que conviene, para que pueda usted trabajar tranquilo en mi negocio, es que arregle sus asuntos pendientes.

—Gracias, señora... No sé cómo expresarle mi gratitud.

—La agradecida soy yo, por estar usted dispuesto a trabajar conmigo, pues estoy convencida de que quedaré satisfecha de sus servicios.

—Pondré todo mi conato en ello.

—Si quiere usted acompañarme a Sudamérica, desde este momento le contrato como secretario.

—Estoy a sus órdenes.

Y, así, Ilona encontró al hombre que le era indispensable, y el cual no podía reunir mejores condiciones físicas y morales.

* * *

Plusch llegó, entretanto, a Londres.

Se hizo conducir al hotel donde le había citado su amigo Hardin y pronto se entrevistaría con éste.

Hardin empezó en corredor clandestino de alhajas y siguió en habilísimo ladrón de joyas.

A la sazón, además del collar que destinaba a Plusch, disponía de 100 piedras más, de gran valor global y las cuales se descomponían del siguiente modo, que él apuntó en un papel, para copiar del mismo al hacer ofertas parciales:

40 brillantes
30 rubíes
20 esmeraldas
10 zafiros
—
100 quilates.

De repente, llamaron a la puerta. Hardin escondió las joyas que estaba contemplando con fruición, echando cálculos, a cual más fantástico, ocultándose precipitadamente en un bolsillo el papel en que estaban indicadas las piedras, por clasificación.

Cuando creyó que no quedaba rastro de las piedras robadas, abrió la puerta.

Apareció Plusch.

Saludáronse como buenos amigos, y, sin demora alguna, entraron a tratar de la operación del collar.

—Toma, Hardin, las 300 libras, y dame la joya.

Hicieron el cambio, y Plusch añadió:

—Mi comisión va incluida en las 300 libras, Hardin.

Eran buenos amigos, pero ante el interés no hay amistad que no se quiebre.

Hardin le miró con aire de superioridad y le dijo:

—¡Habilidades, no! ¿Quieres cobrar del comprador y de mí?

¿Esto más?

—¡Canalla!...—rugió Plusch—. ¡Será la última vez que te traiga un negocio!

Hardin hizo lo que hiciera Plumowski en Ham-

burgo, es decir, no prestó atención a las lamentaciones de Plusch, pero, al fin, y como una limosna, sacóse del bolsillo unos billetes, por valor de irrisoria cantidad, y se los dió a Plusch, quien salió desalentado del cuarto del falso amigo.

Al llegar al hall del hotel, Plusch sentóse a descansar unos momentos y se puso a contar el dinero que le había entregado Hardin.

Con los billetes halló un papel, en el que estaban anotadas las piedras de que disponía el ladrón de joyas; y suponiendo que aquellas notas no tenían la menor importancia, lo tiró al suelo.

Unos instantes después, el azar puso debajo de sus ojos el siguiente artículo de periódico:

10.000 libras de recompensa

“Ha sido robado el famoso collar de la duquesa de York, compuesto de cien piedras, a saber:

- 40 brillantes
- 30 rubíes
- 20 esmeraldas
- 10 zafiros

con un total de cien quilates.

”Se recompensará con 10.000 libras a la persona cuyas indicaciones permitan capturar al ladrón.

”Lloyd, Oficina Central. - Londres.”

Entonces recordó que acababa de leer en un papel el detalle de los 100 quilates a que hacía alusión el periódico; y una idea pasó fugaz por su mente.

¿Había robado Hardin el collar de la duquesa de York?

Plusch buscó el papel que arrojara momentos antes y lo encontró.

Avidamente lo releyó, comparando el detalle con el del periódico, y vió confirmadas sus sospechas: Hardin era el ladrón del valioso collar.

He aquí cómo la fortuna sonreía a Plusch de modo inesperado, cuando más maldiciones echaba contra su estrella.

Porque, huelga decirlo, Plusch no titubeó en inclinarse por las 10.000 libras de premio, prescindiendo en absoluto de tener en cuenta que era cometer la peor indignidad el que un compañero delatase a otro.

¡Con lo bien que le vendrían las 10.000 libras!

Pero...

* * *

Unas horas más tarde, Plusch hacía su vuelo de regreso a Hamburgo.

Faltóle tiempo para ir a reunirse con Plumowski.

—¿Qué?... ¿Traes el collar?

Plusch se lo entregó, y, a continuación, sin apartar la vista de Plumowski, para ver el efecto que le producía la noticia, le colocó debajo de los ojos el artículo de periódico relativo al robo del collar de la duquesa de York.

Plumowski leyó tan importante aviso, pero no se imaginaba lo que iba a decirle Plusch.

—Y bien, ¿qué pasa?—preguntóle, no comprendiendo por qué le daba a leer con tanto interés dicho artículo.

Plusch hizo un cómico gesto y dijo:

—Yo sé, Plumowski, quién es el ladrón.

Plumowski le miró de arriba abajo, mas luego, bruscamente, como si aquello no le in-

teresara lo más mínimo, añadió, sinceramente, al parecer:

—Enhorabuena, chico. Ahí tienes 10.000 libras con sólo alargar la mano.

Plusch movió negativamente la cabeza.

—Por desgracia, no es así. Mis antecedentes penales me impiden toda relación con los señores de la policía.

El rostro de Plumowski se iluminó...

—Sí que es un inconveniente...

—Tú, en cambio—prosiguió Plusch—, estás en unas condiciones magníficas para hacer la denuncia. Te ganarás cien libras.

Plumowski soltó una carcajada burlona y exclamó, mirando con piedad a Plusch:

—¿Para eso iba a molestarme yo?

Dibujó unos números en un papel y mostrándoselos, terminó diciendo:

—¡Me darás el 50 por ciento de la recompensa!

—¡El 50 por ciento! ¡Tú te burlas de mí, Plumowski!

—Ni un céntimo menos, Plusch.

—¡De ningún modo! Si es broma...

—Pues no haré la denuncia.

Plusch temblaba de coraje. Todos los proyectos que se había forjado considerándose ya

dueño de la fortuna del premio, se desmoronaban estrepitosamente ante la mala partida de Plumowski.

Humildemente, trató de volverlo más asequible, más humano.

—¡No me estorbes esta ocasión de hacerme una vida honrada!

Pero Plumowski seguía burlándose de él mostrándole el papel en que estaban escritas las cifras de su participación en el negocio. ¡No rebajaría ni un céntimo del 50 por ciento que pedía!

—Mira, Plumowski, que no hay enemigo pequeño... ¡y puede llegar la hora de mi desquite!

—¡Cállate, estúpido! ¿Qué culpa tiene nadie de que seas lo bastante idiota para no haber pasado de un pordiosero?

Plusch tuvo que ceder, para no perderlo todo.

—En fin, te daré el cincuenta... Seré otra vez la víctima.

Plumowski sonrió, le tendió la mano y dijo:

—Teníamos que acabar por entendernos. Ahora dame el nombre del ladrón.

—Hélo aquí.

Y Plumowski leyó en una hoja del carnet de notas de Plusch:

Juan Hardin
Hotel Cecil
Londres
Oficina Lloyd

—Voy a ocuparme de este negocio inmediatamente.

—¿Saldrás hoy mismo?

—No podemos perder un momento. Estas cosas hay que hacerlas en caliente.

Y Plumowski, arreglados todos sus papeles, se trasladó a Londres, presentándose al jefe de policía.

—El asunto que me trae, señor coronel, es el collar de la duquesa de York.

—¿Cómo?

—El collar de la duquesa de York, el valioso collar que ha sido robado, señor coronel.

—Síntese, hágame el favor.

—Muchas gracias, y puede examinar mis documentos de identidad.

—Son de conformidad, y puede usted hablar, señor.

—Supongo que habré de hacer mis revelaciones ante testigos.

—Este agente servirá para el caso.

—Pues bien: las joyas robadas están en po-

der de Juan Hardin, que habita en el Hotel Cecil, cuarto 430.

Se cursaron órdenes. La policía fué puesta en acción inmediatamente, a los pocos minutos Juan Hardin era detenido, recuperándose las joyas del inestimable collar de la duquesa; y Plumowski recibía las 10.000 libras esterlinas ofrecidas como premio.

Raramente se realizaban operaciones tan rápidas y, sobre todo, tan productivas.

* * *

Plusch esperaba a Plumowski, entrando y volviendo a salir del despacho que éste tenía en Hamburgo.

La secretaria no sabía nada de su jefe, y los temores de Plusch iban en aumento.

—Es extraño...—decía—. Ya hace tiempo que él salió de Londres.

—No sé nada... no me ha dicho nada...—con-

testaba la secretaria, contagiándose de la nerviosidad del aventurero.

Imaginariamente, Plusch se consideraba ya regenerado, por obra y gracia del dinero procedente de una operación a lo Judas.

Se veía dueño de un coche, de una casita, casado y con hijos, y todo gracias a haber vendido a un amigo, pero eso no era obstáculo para que él y los suyos fuesen muy felices.

Pero el despertar fué amargo: Plumowski no había dado todavía señales de vida.

Plusch pensaba marcharse otra vez, cansado de esperar, para volver más tarde, pues no dudaba de que llegaría aquel día, cuando el comerciante hizo su anhelada reaparición.

—¡Hola, Plumowski! ¡Estaba inquieto!

Plumowski sentóse ante su mesa de trabajo, y sin dignarse mirar a Plusch abrió las cartas que se habían recibido durante su ausencia.

Plusch, que no podía con sus nervios, preguntó a su cómplice:

—¿Y el dinero? ¿Dónde está el dinero?

Plumowski le miró con extrañeza y preguntó, a su vez:

—¿Qué dinero?

—¡No me consumas, Plumowski! ¡Dame mis cinco mil libras!

—¿Cinco mil libras?... ¿Y de qué?

Hizo ademán de agredirle, y deteniéndole, Plumowski le gritó:

—¿Pero te has vuelto loco, muchacho?

Con patéticos ademanes, Plusch gimió:

—¡Esa suma es mi redención, mi porvenir, mi vida entera! ¡Negármela sería un crimen!

Plumowski le dejó hablar, abrió la caja de caudales y dejó en ella el dinero cobrado.

Al ver los fajos de billetes, Plusch exclamó:

—¿Ves como tenías el dinero?... ¡Y vas a dármelo!

—¡Quieto!

—¡Vampiro!

—¡Fuera de mi casa!

—¡Ladrón!

—¡Vete, te digo, o te mato!

—¡Ah, bandido! ¡Eres el más horrible de los monstruos! ¡Pero me vengaré! ¡Me vengaré!

—¡Fuera!

—¡No descansaré hasta arruinarte, hasta perderte!

—¿Te irás de una vez, maldito?

Y he aquí cómo Plusch, cuando pensaba en la regeneración, se vió todavía más hundido en el fango de las malas pasiones, por la traición de un miserable.

Una vez echado Plusch, Plumowski dijo a su secretaria, que había pasado un mal rato viendo el cariz que tomaban las cosas:

—Basta por hoy, señorita Gold. Esta tarde hacemos fiesta.

* * *

Aquella noche, al llegar al pueblo, Plumowski, es decir, el señor Schroder, ignoraba una cosa terrible.

¡Su doble personalidad había sido descubierta!

¿Por quién?

¡Por su peor enemigo!

Por Plusch.

Este vió en la calle, en Hamburgo, al bandido, y sorprendiéndole su modo de vestir, sus gafas y su actitud de hombre serio, le siguió.

¿A qué iba Plumowski a aquel pueblo?

Pronto lo sabría, y acercándose discretamente al empleado que tomaba los billetes de

ferrocarril a la salida de la estación, le preguntó:

—¿Quién es ese respetable señor que se aleja con aquella señora?

—¿Ese señor? Se llama Pablo Schroder y ella es su esposa.

—Muchas gracias...

Aquella insospechada revelación dejó atónito a Plusch.

¿De modo que, en Hamburgo, Plumowski era un rufián, y en el pueblo se llamaba Schroder y se le consideraba como un hombre de bien?

¡Bien... muy bien, Plumowski!

Decididamente, el dios de la venganza amparaba a Plusch.

Plumowski enojóse al no encontrar a su hija en la estación, como los otros días.

—¿Por qué no ha venido Claudina a esperarme?—reprochó a su esposa.

—Se quedó en casa de Susana, ensayando para la fiesta de beneficencia.

—¡No quiero fiestas! Claudina no trabajará. Esas diversiones corrompen a la juventud.

¡El grandísimo hipócrita!

—Claudina es joven y esas fiestas la dis-

traen mucho, como a todas las jóvenes de su edad.

—Ve a casa y yo iré a recoger a Claudina.

—No le digas nada allí... Háblale, si quieres, en casa...

Plusch seguía a corta distancia, pero sin dejarse ver de él, a su odiado jefe, y le vió entrar en una fonda, en cuyo jardín se estaba celebrando el ensayo de una fantasía teatral que, con motivo de una fiesta de caridad, interpretarían jóvenes de ambos sexos de la localidad, entre ellos Susana, la hija del fondista y mejor amiga de Claudina, y Claudina misma.

El señor Schroder — ¡grandísimo tuno de Plumowski! —, dejándose llevar de la indignación que le causaba el que su hija tomara parte en fiestas donde se mezclaban en buena armonía jóvenes de ambos sexos, adelantó furiosamente hacia el escenario, donde en aquellos momentos se hallaba Claudina con un joven y su amiga Susana, y gritó a aquélla:

—¡Claudina!

La muchacha tembló de pies a cabeza. Conocía las ideas terriblemente puritanas de su padre, y temió no llegar a convencerle que la dejase allí. Sin embargo, lo intentó.

—Déjame aquí hasta que termine, papá.

—¡A casa!

—Pero, papá...

—¡No quiero oírte más!

Plusch oculto en un rincón, observó aquella desagradable escena y su sorpresa adquirió el grado máximo al enterarse de que Claudina era hija de Plumowski.

Claudina hubo de obedecer a su aparentemente austero padre, pero, para sus adentros, lloraba.

Susana no pudo evitar que Claudina siguiese a su padre, y dijo, junto a Plusch, quien se mezcló con la gente al salir Plumowski de la fonda:

—Ni respirar deja Schroder a su hija. Eso ya es tiranía, más que severidad.

Plusch estaba satisfecho de los importantes descubrimientos que había hecho. Frotóse las manos de gusto, pensando en que su venganza se preparaba mejor de lo que él creía, y, considerando que para cumplirla era indispensable su presencia en el pueblo, alquiló una habitación en la fonda, por unos días.

* * *

Los Schroder cenaban, pero no había alegría en ninguno de ellos.

Claudina se negaba a probar bocado, disgustada, con sobrada razón, por lo ocurrido un poco antes.

Al fin, no pudo reprimir su pensamiento y lo manifestó con voz doliente:

—¡Llevo vida de esclava! ¡Esta casa es para mí peor que una cárcel!

Plumowski, convencido de que obraba santamente, como el mejor de los padres, le contestó, perplejo:

—¡Qué ingratitud! ¡Protestar porque te guardo como mi mayor tesoro!

La madre miraba en silencio a su hija, participando de la opinión de Claudina, pero no atreviéndose a llevar la contraria a su marido.

Terminó la cena sin que Claudina hubiese tomado ningún alimento.

En la fonda, en tanto, Plusch, que había simpaticizado con la hija del dueño, la monísima Susana, habló con ésta de Claudina, y como sabía que eran buenas amigas, trató de llevarla al terreno que a él le convenía.

—¡Lástima que la señorita Schroder no se



Claudina se negaba a probar bocado...

atreva a desobedecer a su padre!—exclamó.

—Pero... si alguien...

Y Susana, cayendo en la trampa, dijo, a su vez:

—¡Pobre Claudina!... ¿Por qué no viene us-

ted conmigo, a ver si entre los dos la reconquistamos?

—Yo siempre estoy dispuesto a complacer a una señorita.

Sin pérdida de momento se encaminaron hacia el hogar de los Schroder, y Susana, gracias a la complicidad de la criada, pudo avisar a Claudina que la esperaba en su habitación, a la que se podía fácilmente saltar por la ventana, que daba al jardín.

Claudina aprovechó el ensimismamiento de su padre en la lectura del periódico y en fumar una venerable pipa, para deslizarse a su habitación, donde halló a Susana.

—¿Qué ocurre, Susana?

—He venido a decirte que no olvides que seguimos contando contigo para la fiesta.

—No sé, Susana, no sé; pero es casi seguro que...

—¡Con lo bonito que es el vestido de marquesita que debes lucir en la función! Pón-telo, y verás cómo te decides.

—¡Es precioso!

—¡Oh, te sienta a maravilla! Pareces una auténtica marquesa. ¡Cómo triunfarás!

Plusch esperaba en el jardín. Susana recordó que lo había dejado allí, y dijo a Clau-

dina:

—Tenemos en el hotel un joven a quien agradecería mucho verte trabajar.

—¿Quién es?

—Vino de la ciudad. Mírale.

Se asomaron a la ventana y Plusch acercóse a las dos jóvenes. Susana hizo las presentaciones.

Plusch ensalzó las cualidades artísticas que adivinaba en Claudina, y, halagada, ésta iba cediendo a la tentación.

—No faltarás a la fiesta, ¿verdad?

—Me lo ha prohibido mi padre, Susana, y tiemblo sólo de pensar en su castigo.

En aquellos momentos se oyeron pasos cerca de la habitación de Claudina. Eran de su padre. Los reconocía.

Plusch desapareció presto de la ventana, y antes de que Susana pudiera huir u ocultarse, Plumowski entró en el cuarto, sorprendiéndola con Claudina, y a ésta con el vestido de teatro en las manos.

El furor del hipócrita fué inenarrable. Ordenó a Susana que desapareciese de su vista, y arrojó el vestido de teatro de Claudina a la calle; pero Plusch lo recogió, para devolvérselo luego a su dueña.

* * *

En un cuarto del hotel Atlantic, Ilona hablaba de asuntos con su secretario Martel.

Le dió a leer un artículo de periódico, que decía así:

SE DESEA UNA BAILARINA

para un Instituto de Arte

en

BELAZONA

Contrato de absoluta seriedad

Se asegura un brillante porvenir

Escribid a la dirección de este diario

Apartado 505

Dicho anuncio iba unido a la siguiente carta:

“Señor Director:

”Deseando hacerme un nombre célebre como bailarina, me permito solicitar el contrato ofrecido en el anuncio de su periódico, que

le acompaño, y espero con impaciencia una respuesta afirmativa.

"De usted muy respetuosamente,

"Josefa Jalnicki.

"Varsovia-Nowy Swiat, 39."

En un ángulo de la carta aparecía, en otro carácter de letra, más grueso, más enérgico, esta palabra:

"Contratada."

Ilona sonrió y dijo a Martel:

—Usted acompañará a Belazona a esta joven.

—¿Y qué más debo hacer?

—Sólo eso, por ahora. En cada momento le iré indicando su misión.

Plumowski llegó al hotel en aquellos momentos.

Ilona le presentó a Martel:

—Mi nuevo secretario, Jorge Martel.

Los dos hombres cambiaron un ligero saludo, y como Plumowski y ella necesitaban estar solos, dijo Ilona a Martel:

—Haga el favor de ir a buscar los pasajes para usted y la bailarina.

Martel partió seguidamente, y, a solas los

dos cómplices, Ilona dijo, a propósito de su adquisición masculina:

—Parece un buen muchacho, y está muy lejos de sospechar en qué clase de negocio colabora.

Trataron de algunos asuntos, y Plumowski regresó a su despacho.

Plusch llegó a la habitación de Ilona inmediatamente después de haber salido de ella su odiado enemigo.

Ilona, al ver a Plusch, alegróse de que hubiese ido a visitarla, pero no pudo evitar que el aventurero viese su precipitación en hacer de aparecer una carta, la de la nueva bailarina, con el anuncio del periódico.

Acuciado por la curiosidad, Plusch arrebató esos papeles a Ilona, y, una vez leídos, se hizo la luz en su cerebro, y dijo:

—Ahora sé lo que es tu "variétés" de Belazona.

—¡Cállate, por favor! ¡Estás loco!

Plusch fijóse en la palabra "Contratada" y en la contraseña del que la escribiera, una P; y, viendo clarísimo en aquel asunto, añadió, desconcertando a Ilona:

—Esta letra la conozco yo.. ¿Se llama Plumowski tu socio?

—¿Cómo lo sabes?

Ilona se delató inconscientemente, y, temerosa de que Plumowski se enterase de que su secreto había sido descubierto, dijo a Plusch.

—Un favor, querido... Que Plumowski no sepa que te has enterado de este asunto.

—Bien. Serás complacida... a cambio de otro favor: que lo retengas esta noche en Hamburgo.

—Eso me será muy fácil.

—Algún día sabrás el motivo de mi petición.



—¡Ahora sé lo que es tu "variétés"!

* * *

Ilona cumplió su palabra, y aquella noche Plumowski no regresó al pueblo en el tren del atardecer. Si volvía, lo haría en el tren de medianoche.

Claudina aprovechó a su placer la circunstancia de que su padre no regresara a la hora habitual, y tomó parte en la fiesta de beneficencia.

Alcanzó un gran éxito y llovieron sobre ella infinidad de felicitaciones.

—No quisiera marcharme—dijo a todos la linda joven—; pero mi padre volverá seguramente en el último tren, y la hora está muy cerca.

Plusch se brindó a acompañar a Claudina, diciéndole que tenía que hablarle, y la paloma oyó con agrado las persuasivas frases del aventurero.

—Usted no debe resignarse a vivir en este

pueblo, renunciando a un puesto en el mundo del arte.

—Ni aspiro a tanto... ni mi padre lo consentiría—respondió Claudina.

—De cualquier modo, yo ofrezco a usted mi concurso para ese fin... y mi amistad en todo momento—añadió Plusch.

La semilla estaba echada...

Claudina entró sigilosamente en su hogar, pero al empujar la puerta de su cuarto hubo de contener un grito de sorpresa y temor, a un tiempo, al encontrar en él a su padre, aguardándola con enojo.

Plumowski, que acababa de llegar y notó la ausencia de su hija, zarandeo a ésta brutalmente, preguntándole dónde había pasado la noche.

Atemorizada, Claudina repuso:

—No me hables con violencia, papá... ¡te lo suplico!

Cegado por la ira, Plumowski levantó los puños sobre su hija.

—¡Eso, no! ¡No me pegues!—gritó Claudina, horrorizada.

A pesar de sus súplicas, no pudo evitar que su padre la arrojase con salvaje instinto al suelo, como si la acción que ella había cometi-

do aquella noche no tuviese perdón de Dios.

Acudió la madre, y la cosa no pasó a mayor.

Plumowski, todo a su furor, alejóse de la habitación de su hija, para ir a calmarse en la suya; y, solas, madre e hija se consolaron.

—Tú ves mi desgracia, mamá... Prisionera, maltratada... ¡No puedo continuar aquí!...

—Lo comprendo, hija mía, y sufro contigo... Mañana te enviaré en secreto a Berlín, a casa de mi hermano.

Y al día siguiente Claudina abandonó, protegida por su madre, su hogar, rumbo a Berlín.

Pero... Plusch le salió al paso, adulándola como bailarina y proponiéndole que aceptase el contrato que un "variétés" de Belazona ofrecía a una bailarina por medio de los periódicos.

* * *

Josefa Jalnicki, de Varsovia, aceptada por Plumowski como "bailarina" para Belazona, llegó a Hamburgo y Martel cerró el trato, ajeno en absoluto a que se prestaba a la compra de esclavas blancas.

Plusch presentóse el mismo día en el hotel de Ilona, y, ufano, le dió una gran noticia:

—Tengo una bailarina estupenda para tu famoso "variétés" de Belazona. ¡Y de excelente familia!

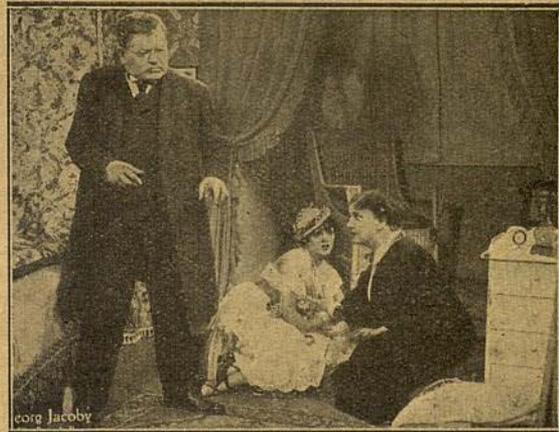
—Gracias, querido. Entiéndete directamente con mi secretario.

Martel se impuso del asunto, y cuando llegó Claudina trató con ella del contrato, asegurándole que las ofertas que ellos hacían eran serias y para un puesto de gran porvenir.

Claudina creyó a pies juntillas cuanto le dijo Martel, pues su rostro no inspiraba la menor desconfianza, sino todo lo contrario, y firmó el contrato; por lo que el secretario

debería adquirir otro pasaje para Belazona.

Plusch cobró de Ilona buena comisión por haberle proporcionado tan interesante "bailarina", y marchó del hotel con la doble satisfacción del premio y de su cumplida venganza.



Acudió la madre...

Cuando Plumowski se entrevistó aquel día con Ilona, ésta le dijo, complacida:

—Mi secretario acaba de hacer una buena adquisición.

—¿Otra "bailarina"?

—Sí; ha contratado a una chica bastante bella... y de muy distinguida familia.

—Esas son las “bailarinas” que nos convienen...

Y, a la vez que Plumowski, se regocijaba Plusch... ¡Por fin iba a ser suya la corbata que le costaba tantas desazones!

La comisión de Ilona, por la venta de Claudina, le permitía ese lujo tanto tiempo anhelado.

Y al ponerse aquella corbata, le pareció que era otro hombre.

Claudina, antes de embarcar, aquella misma tarde, para Belazona, escribió a su madre la siguiente carta:

‘Querida mamá:

”Lejos de ir a casa de mi tío, como deseabas, salí para el extranjero. Pero, no te apenes, porque se me ofrece el medio de crear **me** en pocos años una situación espléndida.

”Cuando lo haya adquirido, volveré a tu amor.

”Tu hija que te adora,

Claudina.”

* * *

Rumbo a Belazona.

Josefa Jalnicki era tan buena muchacha como Claudina, aunque de carácter más bullanguero. Si en Belazona se enamorase de ella un hombre rico, le importaría un comino el baile. Espíritu inquieto, gustaba de viajar, de cambiar de lugar, de conocer cosas nuevas.

Martel y Claudina habían simpatizado tanto, que su simpatía se encontraba ya en el terreno del amor.

Ilona, que iba en el barco vigilando su “mercancía”, descubrió la mutua atracción de su secretario y Claudina, y, enamorada de aquél, y avivado su deseo de conquistarle por el desdén del joven, le llamó a su lado y objetóle, entre risueña y severa:

—En nueve días que llevamos embarcados, no se ha dignado usted ocuparse de mí. No sospechaba en usted tanta ingratitud.

Martel comprendió; pero él no era de esos hombres que lo aceptan todo, incluso el amor de una mujer que ellos no aman, por vivir holgadamente.

—Vamos, acompáñeme a mi camarote —añadió Iona.

Martel fué con ella; pero, viendo que su pensamiento estaba lejos de allí, Iona, en un acceso de celos, desnudó su alma ante él, mirándole fijamente, para ver el efecto que producían sus palabras.

—Me parece que está usted demasiado atento con esa Claudina. ¡Cómo engaña a los hombres la capa de inocencia!

—¡Claudina es una verdadera señorita!

—¡Oh! ¡Es usted un hombre de una candidez extraordinaria!

—¿Por qué lo dice usted, señora?

—¿Quiere usted saber lo que es esa "virtud" de quien se ha hecho usted paladín?

Martel palideció. Presintió que se habían burlado de él ignominiosamente.

—¡Es mercancía nueva para mi pensión de Belazonal!

Un rugido rompióse en el pecho de Martel. Quedó anonadado, y decía, incrédulo:

—¡Pero eso no es verdad, no puede serlo!

Sin embargo, lo era, y al salir del camarote de Iona, que vió fracasar su plan de conquistar a Martel, aunque no perdía todas las esperanzas, pues su secretario estaba ligado a ella por el préstamo que le hizo, fué a poner sobre aviso a Claudina.

—¿Qué sucede?—inquirió la joven, asustada, al ver reflejado el espanto en el rostro de Martel.

—¡Está usted amenazada de un gran peligro! ¡No puedo decirle más!... ¡Pero confíe en mí!...

Iona le estuvo espionando, y al desaparecer Claudina, enfrentóse con Martel y dejó caer estas palabras:

—¡Guárdese de descubrirme, Martel!

Y le mostró el recibo que él le firmó al entregarle ella los ocho mil marcos, deuda que se comprometía a liquidar a la presentación de ese documento.

—Ya ve usted que no le quedan términos medios. ¡O conmigo o contra mí!

Martel fingió humillarse, pero, seguidamente, solicitó audiencia del comandante del vapor.

Le fué concedida sin demora, y mientras el noble joven ponía en antecedentes de todo al

jefe del vapor, en Hamburgo, Plusch, que había esperado unos días para empezar a ver los efectos de su venganza en Plumowski, presentábase a éste en su despacho particular,



—¡Está usted amenazada de un grave peligro!

luciendo su flamante corbata.

—Y qué... ¿cómo va la señorita Claudina?

—le dijo, como saludo.

Plumowski, que estaba medio loco desde la desaparición de su hija, de cuya carta de despedida a su madre no estaba enterado, miró con intensa sorpresa a Plusch, al oírle pronunciar el nombre de ella.

¿Cómo sabía que él tenía algo que ver con Claudina?

—El tono de esa pregunta... ¡Tú sabes algo!—gritó, pero, bajando súbitamente el tono de su voz, añadió—: Yo he sido siempre tu mejor amigo... ¿Dónde está mi hija? ¡Habla, Plusch!

—Puede que hable, sí...

—Hazlo, amigo mío. ¿Dónde la has visto?

—Hablaré, pero depende de la esplendidez con que pagues la noticia.

—Toma...

—Esto es una miseria... Quiero 50.000 marcos.

—¡Tú no sabes nada, nada!... ¡Es un ardid para explotarme, bandido!

—Sí, ¿eh?... Pues, ¡hasta la vista, señor Schroder!

—¡Maldito!

—Y no te impacientes, "hombre honrado"...

¡Muy pronto lo sabrás todo!

¿Qué es lo que debía saber?

Lejos estaba de suponer la terrible verdad. El comandante del vapor escuchó con vivísimo interés a Martel, y le agradeció sus preciosas declaraciones, terminándolas así:

—Si hay culpa en mí, que se me castigue... ¡Pero que nada pase a Claudina!

—No tema. Tampoco a usted ocurrirá nada, si su denuncia es cierta, como me lo imagino.

Y desde el barco se lanzó este radiograma al jefe de policía de Belazona:

“A bordo mi barco, traficantes mujeres. Envíe agentes puerto desembarque. Posible captura banda completa. Recomiendo prudencia.
”Brille, comandante “Polonio”.

Se recibió la siguiente respuesta:

“Dejemos en libertad traficantes. Que nada sospechen. Prevenga y aleccione mujeres. Haga por apoderarse clave telegráfica secreta delincuentes.

Jefe Policía.”

El comandante llamó a su presencia a Claudina y le habló de la cruda realidad.

—Está usted destinada a víctima de un trá-

fico odioso... Pero yo lo he sabido a tiempo, afortunadamente.

—¡Dios mío!—gimió Claudina, roja de vergüenza.

El comandante ordenó a Martel, que miraba compungido a Claudina:

—Procure usted, por todos los medios, volver a la confianza de la señora Schwarz. Nos interesa a todos.

Y Martel prometió cumplir con su deber de ayudar a la justicia.

Al verle partir, Claudina sollozó:

—¡Y yo que había puesto en él mi fe, que me sentía inclinada a amarle!...

—No se arrepienta, señorita. Es digno de su amor—aseguró el comandante.

Claudina prometió también mostrar serenidad para ayudar a la justicia, y para que se defendiese, caso de verse obligada a ello, le fué entregado un revólver.

¡Pronto la banda caería en manos de la policía!

* * *

Martel mostróse cariñoso con Ilona y, así, sin que la traficante en esclavas sospechase la celada, llegó confiadamente a Belazona con él, como nuevo amigo de confianza, y con la nueva mercancía.

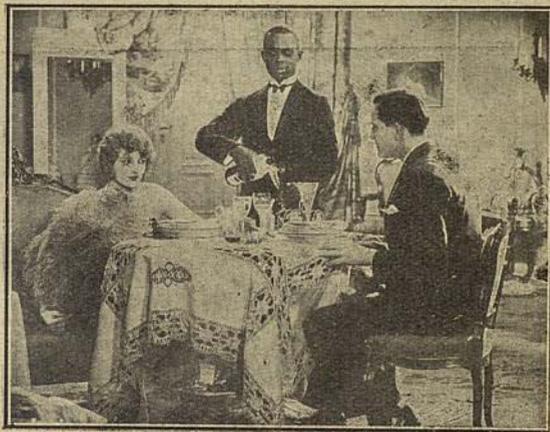
El "cabaret" estaba muy concurrido. Se derrochaba el dinero en champaña y en mujeres...

Martel había recibido el encargo de apoderarse de la clave telegráfica de la banda, para que no quedara por detener ninguno de sus miembros, y mientras las otras víctimas, acostumbradas a la vida de esclavitud, se encargaban de vestir de "soirée" a las dos nuevas "bailarinas", que no se negaron a ello, Claudina, porque estaba avisada, y Josefa, por creer que era necesario vestirse de aquel modo, cenó con Ilona, en una habitación íntima.

Ilona estaba segura de la fidelidad de Mar-

tel, por amor e interés unidos, y el secretario pudo fácilmente apoderarse de la clave telegráfica, revolviendo las cosas de ella.

La nueva mercancía fué ofrecida a buenos clientes, y Josefa, comprendiendo que había caído en una trampa de fango, defendióse co-



... cenó con Ilona...

mo una tigresa, negándose a ser tocada por el tipo que la había elegido...

Claudina y las dos mujeres que la vistieron, contemplaron la escena de rebeldía de Josefa por un observatorio secreto, y dijo una

de ellas, mientras Claudina temblaba, pensando en los peligros que allí corría:

—¡Muy bien la chica! ¡Alguna vez hay que demostrar que somos libres!

¡Pobres esclavas! Hasta en las ventanas de sus habitaciones había rejas, como celdas carcelarias.



... defendióse como un tigrésa...

Cuando se apartó de su observatorio, Claudina vió desaparecer a sus dos compañeras y entrar a un hombre de aspecto repugnante, prototipo del sádico,

—Ven... acércate...

Pero Claudina empuñó el revólver que le diera el comandante del "Polonio", y pudo escapar.

Josefa, enloquecida, huyó del reservado



... contemplaron la escena de rebeldía...

donde su virtud estuvo a punto de ser pisoteada por un bruto, presentóse en la planta baja del "cabaret" lleno de gente, y gritó:

—¡Vine engañada aquí!... ¡Un hombre me ha maltratado!

Se produjo un gran revuelo, y el pánico cundió al irrumpir en el local la policía.

Todo había sido preparado hábilmente, y hubo buena pesca; pero Ilona, antes que entregarse a la policía, envenenóse, para no conocer la vida de presidio.

Gracias a la clave telegráfica, caerían en poder de la policía los traficantes del extranjero afiliados a la banda.

* * *

En Hamburgo habían ocurrido también graves sucesos.

Plumowski citó en su despacho a Plusch, y le imploró, dispuesto a darle lo que le pidiese, noticias de Claudina, para correr a su encuentro.

Pero Plusch, prefiriendo matar a Plumowski con su diabólica venganza a todo el dinero del mundo, le respondió, irónico, atormentándole como un inquisidor:

—No, Plumowski. Guárdate tu dinero. Yo, a mi “mejor amigo”, le informo gratuitamente.

—Habla... habla...

—¿Sabes cuándo ha llegado a Belazona nuestra amiga Ilona Swarz?

—¡Sí, ayer!

* * *

—¿Y ahora, qué va a ser de mí?—decía, temiendo por su reputación, Claudina, al comandante y al jefe de policía.

El comandante le respondió paternalmente:

—Tranquílcese, hija mía... No faltará quien le tienda la mano.

Y ese fué Martel.

FIN